

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año III

Badajoz Mayo de 1910.

Núm. 5

SUMARIO: *Literatura Regional*, por J. López Prudencio.—*Los Reyes de España en Zafra*, por Manuel Vivas.—*Canta Poeta*, por Juan Luis Cordero.—*Edad Media y Renacimiento* (traducción), por X.—*Legajo*, por Balduque.—*Piegos de historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz*, por D. Juan Solano de Figueroa; de *Pedro de Valencia* y de las obras completas de *Diego Sanchez de Badajoz*.

LITERATURA REGIONAL

Aquél género de literatura que, al decir de Menéndez y Pelayo, «hizo merecer á la lengua española ser llamada lengua de los angeles», engrana tanto con la genialidad artística de nuestra región, que no podían faltar en ella brillantes manifestaciones de él tanto en prosa como en verso.

No creo que se necesite grandes atisbos para percibir la gran propensión de nuestra contextura psíquica á aquellas exaltaciones espirituales que produjeron la gloriosa y aun no muy conocida literatura mística. Siendo nuestro temperamento tan poco apacible para con el medio ambiente y tan inclinado á la contemp'ación de grandes ideales cuya sugestión arrebató á las almas hasta las sublimes locuras de nuestros conquistadores, las heroicas abnegaciones de nuestros religiosos, las bizarras audacias de nuestros sociólogos y las lozanas acometividades de nuestros artistas ¿cómo no ha de ser propenso á aquella aspiración inquieta á la *posesión de Dios por unión de amor* en que consiste el verdadero misticismo?

Tan con natural es esto á nuestra psicología regional que, además de la no escasa y brillante producción de obras pertenecientes á esta rama especial de la literatura española, casi todo el resto de la inspiración literaria de esta región está impregnado de

aquellas ansias fervorosas supraterrenas que siempre trascienden á *misticismo*, aunque á veces no concreto en su sentido estricto, ni dentro del ambiente ortodoxo en que este vive, como en su elemento propio.

Tan fácil sería como entretenido, y por cierto extraño á mi actual propósito, el comprobar estas afirmaciones con detenidos estudios y comentarios documentados sobre la labor artística de casi todos nuestros literatos; pero ni esto ni el problema sobre lo que merece realmente denominación de *misticismo* en literatura, están aquí en su lugar; por lo que me basta comprobar que en esta rama de nuestra literatura aparece la recia personalidad de la región, tan vigorosa y acentuada como en los demás aspectos de nuestra aptitud literaria, hasta tal punto que el misticismo de los extremeños, en consonancia con la tendencia peculiar de la raza á las austeras intransigencias con todos los síntomas de rebajamiento moral, tiene aquel aspecto activo y práctico que caracteriza á la *asesis* distinguiéndola del puro misticismo quieto y pasivo que como ciencia secreta y misteriosa, fué en España patrimonio de muy escasas almas sublimadas por transportes extáticos, pocas veces congruentes con la psicología de nuestro pueblo á quien los arrebatos fervorosos inducen, más á la acción entusiasta y tenaz, que á los éxtasis contemplativos.

La misma labor de los dramaturgos que he enumerado anteriormente daría materia y argumento para comprobar cómo el misticismo, mejor dicho, un ascetismo sincero y ferviente palpita vigoroso é ímpoluto en el fondo de la inspiración de todos nuestros literatos, aun los más atrabiliarios y audaces en lozanías de reprehensible licencia; y, por cierto, más á veces, en el fondo íntimo de las composiciones profanas, que en las poesías devotas hechas por algunos, como Torres Naharro y Diego Sánchez y otros, seguramente de encargo y sin aquellos hondos afectos que vibran bajo la superficie liviana de otras composiciones, cuyos gérmenes inspiradores tocan sin duda en fibras más robustas y potentes de sus aspiraciones á la posesión de Dios, que los móviles determinantes para la confección de las coplas y romances de dicados á devociones concretas y llenos de externa y benévola alegría laudatoria ó declamador enternecimiento, según los casos, pero no de aquellos sinceros y espontáneos arrebatos de encendido amor y anhelos supraternos que calientan estrofas y páginas enteras de algunas piezas dramáticas de estos artistas singulares.

Pero como está, repito, del todo fuera de mi propósito el bucear los rasgos vigorosos que deja en esas obras el misticismo ingénito y á veces inconsciente de estos artistas, quede para otros esa agradable tarea, y me concreto á proseguir indicando cómo las líneas de la personalidad literaria de Extremadura se manifiestan, con igual vigor que en las demás ramas del arte literario, en la literatura mística que han producido los escritores extremeños.

Y á nadie extrañará que, dejando á un lado el problema de si fué ó no escritor de este género S. Pedro Alcántara, puesto que se discute si fué ó no autor de la obra que por tan graves motivos le atribuimos muchos, ponga á la cabeza de todos al dulce y suavísimo Fray Juan de los Angeles, «cuya oración es río de leche y de miel» «y cuya maravillosa dulzura es tan angélica como su nombre», como dice Menéndez y Pelayo.

Tres obras de este insigne autor conozco solamente, si bien tengo entendido que no son las únicas que brotáran de su inspirada pluma; pero ellas solas bastan para advertir, en aquella alma abrasada por el fuego del amor divino, los rasgos enérgicos y viriles de la raza de escritores á que pertenece.

Así como en los arrobamientos de los demás místicos se advierten desmayos y languideces de rendida ternura, al verse abrumados por la luz divina, nuestro escritor entabla una lucha de amor para herir á Dios en el corazón y vencerle como Jacob en la noche mística junto al vado de Jeboe y canta vigoroso y enardecido la epopeya de esta contienda amorosa entre Dios y el alma con acentos tan fogosos, tan vibrantes y al mismo tiempo tan dulces y tiernos, que el alma más dura y empedernida no podría escucharlos indiferente.

Este es el argumento de su primer libro, el más delicado y genuinamente místico de los que conozco, hijos de su arrebatada inspiración, porque es quizá el más amorosamente contemplativo; pero sus arrobamientos están llenos de energía amorosa que arde y se exalta en sublimes chispazos de una hoguera inextinguible de amor divino.

El *Cantar de los cantares* le dice cómo ha herido el alma á su divino Esposo en el corazón, y la robusta elocuencia de Franciscano zafrense se desborda encendida por las imenables páginas de este libro, comentando los incidentes de esta mística contienda, sin que se sepa qué admirar, la delicada, honda y sincera ternura de

Los afectos, la suavidad dulce y regalada de las emociones, el fuego vivo del amor que palpita en sus conceptos, ó la suprema elegancia de esta prosa natural y sencilla y espontáneamente armoniosa como el murmullo de un río entre arpegios de ruiseñores.

La lucha es atlética; la esposa aspira á herir el corazón divino y rendirlo mediante uno de sus ojos, mediante un cabello de su cuello; y por fin es el alma vencedora; el divino Esposo, vencido por el amor de la esposa, se hace de ella todo entero; pero los incidentes de la lucha, las estratagemas, las delicadas y dulces acechanzas del amor de la esposa son descritas con tan sinceros acentos, con tan encendido entusiasmo, que no es posible leerlo sin sentirse conmovido recia y bruscamente hasta lo más íntimo del corazón.

El ojo de la esposa que hiere á su Dios en el corazón no es el ojo de la fe, que es el izquierdo, sino el del amor; y el cabello es el pensamiento que no debe estar esparcido en divagaciones múltiples, sino recogido en uno solo. «No es posible herir al Esposo con el ojo del afecto si los pensamientos andan derramados y sin orden; quiero decir, que para que el alma pueda mirar á Dios sosegada y quieta en la oración, y gozar de El pacíficamente, un solo pensamiento la tiene siempre de ocupar, y este ha de ser *cómo guardará su ley y cumplirá su voluntad.*»

No es, como se ve, ni en estos mayores arrobamientos, meramente contemplativo el fuego amoroso de nuestro franciscano, sino activo y práctico, según dije.

Y si fuera posible reproducir aquí todos los comentarios que pone á los incidentes de la mística contienda, veríamos que no se sabe qué admirar más, si la agudeza maravillosa de ingenio para penetrar hasta el más escondido fondo de los afectos y las más remotas derivaciones del verdadero amor divino, ó la erudición pasmosa con que refuerza sus observaciones, ó al tino con que hiere todas las lacras del corazón humano que enfrian y apagan el divino fuego que debe arder en el alma.

Y si en la impetuosa vehemencia y viril energía para contar los arrobos de pasión, y los afectos del amor vibra la entonación robusta de la musa extremeña, donde aparece más determinada y brillante es en estos certeros y nutridos disparos contra los obstáculos que la decadencia moral del siglo pone á los anhelos amorosos de las almas.

¡Qué bien compagina con el genio de nuestra psicología regio-

nal aquel desprecio de la minuciosa sabiduría humana para anegarse en la sublime ignorancia de los que buscan á Dios por el amor para vencerlo y poseerlo entero, sin penumbras ni alejamientos!, en la verdadera ciencia en «esta ciencia del amor—son > sus palabras—que de su maestro S. Pablo aprendió S. Dionisio, > que, conocida, hace sin duda ninguna, ventaja á todas las ciencias, y se levanta sobre ellas con mayor distancia que hay de > Oriente á Poniente y entre la Tierra y el Cielo. Las demás ciencias enseñánlas los doctores y maestros del mundo; pero esta > tiene por maestro inmediato al mismo Dios, cuyos discípulos, > por sentencia del Profeta, son bienaventurados. Esta ciencia, > con divinas ilustraciones é influjos del Espíritu Santo, se escribe > en el corazón; las demás, con plumas de aves y tinta negra se > estampan en el papel. Esta basta; porque por medio de ella halla el alma á Dios su Creador, y en él, como fuente perdurable > de todos los bienes, inmediatamente descansa y halla cumplida > refección: las demás nunca matan la sed ni satisfacen el deseo. > Y es justo juicio de Dios que el que, sin hacer caso de la suma > sabiduría, se desvía y aparta de la suma Verdad, sea como en > vuelto todo en tinieblas, y su ánima, desvanecida con las invenciones humanas, ande vagabunda, descarriada y sin camino por > las cosas vanas. Al fin esta inflama el afecto y alumbra el entendimiento: las otras, cuando hallan el corazón alterado, hinchánle, y obscurecen con vanas opiniones y errores el entendimiento . . . »

Tales ideas, brillando en las llamas vivas de tan candente elocuencia ¿no denuncian su nacimiento en las ardorosas dehesas extremeñas que calentaron más tarde, según el príncipe de nuestros literatos, la elocuencia de Donoso?

Y no pára aquí, porque roto el freno de su entusiasmo amoroso y manejando la prosa como una lira divina, prosigue en arrebatado trasporte entonando el himno robusto de su entusiasmo por el amor divino y de su desprecio para el saber humano; y en ese himno inimitable hay notas tan solemnes y elevadas como estas: «De todas las cosas fuertes, la más fuerte es el amor, de todas las cosas blandas y suaves, la más blanda y suave es el amor...» «Pida, pues, quien quisiere don de profecía; pida quien quisiere fe que trastorne los montes; pida quien quisiere sabiduría y lenguas; pida quien quisiere castidad y limpieza; pida quien quisiere humildad y paciencia, ú otra cualquiera de todas las vir-

»tudes; que yo sola la caridad quiero y pido, que es mayor que
 »todas y todas andan en su compañía y servicio. Aunque Dios me
 »de todo lo que tiene, si me niega la caridad á sí mismo se me nie-
 »ga; porque solo por amor se posee, y la posesión del amor es el
 »mismo Dios. De manera que el amor hace que Dios sea mío y
 »mi posesión y heredad.»

Y no van los dardos de este menosprecio de la sabiduría hu-
 mana, precisamente contra el saber profano y terreno, sino pri-
 mera y muy principalmente contra las lucubraciones teológicas
 que tanto abundaron en aquellos tiempos de ergotistas que aba-
 rrotaban la mente de silogismos enrevesados, secando las almas
 de espontáneas emociones amorosas y sinceras, que ahogaba la
 malsana vegetación de cuestiones baladíes, contra las que hasta
 tronó un día la iracundia de escolásticos tan significados como
 Melchor Cano, considerándolas, *vix digna lucubratione anicu-
 larum* (1).

Para nuestro elocuente franciscano significa muy poco la cien-
 cia, si no hay aquel amor «que hace que Dios sea mío y mi pose-
 »sión y heredad». «De manera—prosiguen más adelante—que
 »con mayor felicidad se tiene en el corazón, el infalible funda-
 »mento de la fé para la unión del amor, que por todas las razones,
 »investigaciones y discursos que se hallan en los libros ni se pue-
 »dan inventar».

Pero no se conforma con esta afirmación, si bien rotunda, al
 cabo morigerada y hasta cierto punto abstracta; antes de esto se
 ha encendido el rayo de su indignación y ha descargado iracun-
 do sobre la cabeza de los culpables de estas malsanas divagacio-
 nes en que los entendimientos sùtiles y menudos engolfaban á las
 ciencias sagradas. Véanse sus palabras: «Y verdaderamente hay
 »pocos que huellen estos caminos, (los caminos de Sion de que
 »hablaba Jeremías) (2) por los cuales se camina á la solemnidad
 »que celebra Dios con el alma su esposa cuando, mediante el
 »amor, se une con ella y la abraza consigo. ¡Oh, lástima grande,
 »que, dejada y despreciada la verdadera sabiduría, así el clero
 »como la gente popular se ocupan y zambullen en las mundanas
 »delicias y curiosidades sin provecho!

(1) *De facis Theologicis*.—Libro VIII, cap. I.

(2) *Vix lugent eo, quod non sint qui veniant ad solemnitatem*. — *Trhen.*, I.

«Pero más es de sentir y de llorar con lágrimas de corazón que
 »muchos religiosos y personas de autoridad, dejada y arrinco-
 »nada esta verdadera sabiduría, por la cual sólo Dios perfec-
 »tamente es honrado en lo interior del alma, miserablemente
 »llenaron las suyas como de unos idolillos de diversas ciencias
 »especulativas y de infinitos argumentos sofísticos, sin propó-
 »sito inventados y fabricados. En las cuales cosas, por instiga-
 »ción del demonio, así andan absortos, y sus almas poseídas de
 »ellas, que no haya lugar Dios donde pueda caber ni reposar.
 »Maldita ocupación, por cierto, la que no deja algún respiradero
 »en el alma para que por inflamados deseos y amorosos afectos
 »llegue á tocar á su Dios, el cual no la crió para que contra su
 »natural generosidad y nobleza se llenase de semejantes vanida-
 »des sino para que fuese asiento de la sabiduría, y en ella resi-
 »diese como en su cielo el pacífico Salomón.»

La musa cejijunta de las ágras censuras para el ambiente con-
 temporáneo, tan característica de la inspiración literaria de los
 extremeños, no encuentra, como se ve, barrera en las suaves
 emociones de los místicos arrobamientos, sino que penetra de lle-
 no en ellos para salir armada de los candentes rayos de sus san-
 tas indignaciones. No es solo en este caso, hay muchos más en
 que ocurre lo propio. Véase como se expresa mientras canta
 las excelencias de la noche para la oración:

«Los hombres sensuales y terrenos piensan que Dios ordenó la
 »noche para que la durmiesen toda, ó para que, como perros no-
 »churniegos, cazasen en lo vedado por su divina ley.» Y cuando
 deplora y condena los extragos del amor propio, se le escapa
 henchida é hirviente la vena de las rebeldías que hemos visto en
 todos los escritores extremeños contra las terrenas usurpaciones
 y parodias de las excelsitudes divinas, y se desborda su indigna-
 ción contra los grandes de la tierra en estas encendidas palabras:
 «¡Que de diosecillos hay ya en el mundo, que, aunque no osan
 »decir con la boca que lo son, lo están diciendo allá dentro en
 »sus corazones! *Habéis de adorar y glorificar á los señores y*
 »*señoras de la tierra como á dioses y hablarles de rodillas aun-*
 »*que seáis sacerdotes.* Y aun úsase esto entre gente que trata de
 »oración, que de tal manera se llegan á ella que no quieren per-
 »der un punto de su autoridad y vanidad de mundo, como si se
 »pudiesen dar las manos Dios y el mundo. Viene un ángel del
 »cielo, muy resplandeciente, á tratar con San Juan algunos secre-

»tos de los de allá, y el Santo vase luego á hincar de rodillas y
 »dícele el angel: «No hagas tal cosa; siervo soy del Altísimo, co-
 »mo tú; á Él se le debe esa gloria, que á mí no, ni á alguna otra
 »criatura ¡cosa extraña que no consienta ese angel que un hom-
 »bre de tierra le hable de rodillas, y una hija del lodo y nieta de
 »la nada quiere ser hablada pecho por tierra!» ¿Quién más honra-
 »do y más principal que San Pedro? Pues jamás consintió que
 »Cornelio, capitán romano, le hablase palabra hasta que se levan-
 »tó de la tierra. Siempre los Santos se recelaron de la honra y la
 »tuvieron por peligrosa.»

Lo que pasma en este varón insigne es la maravillosa flexibili-
 dad de su complejo espíritu; en él se hermanan de un modo sor-
 prendente la más alta intuición y más profundo sentimiento de las
 supremas delicias que se encuentran en la contemplación de Dios
 y de sus amorosos afectos, con la más aguda, sagaz y minuciosa
 perspicacia para atisbar todos los reductos por donde la malicia
 y depravación de la carne y de los decaimientos espirituales pue-
 den introducirse para empañar el claro cielo de los goces á que se
 entrega el alma, abrazada al divino Esposo; aparece en unos mo-
 mentos extasiado en los encantos inefables del más rendido arro-
 bamiento regalándonos con toda las dulzuras, todas las suavidades
 apacibles de los espíritus más delicados y tiernos; en otros nos
 asombra y arrebatá por la robusta entonación alborotada y be-
 lica con que increpa las decadencias de la sociedad en que vive,
 sin que dejen de ser frecuentes y numerosos los casos en que esos
 ímpetus resulten agresivos y mordicantes, dejando el arpa de los
 himnos para esgrimir el escalpelo más implacable y certero sobre
 las úlceras de la pobre humanidad.

Sería materia para mayor espacio del que aquí puedo disponer,
 el examen detenido y minucioso de estos libros admirables que
 escribió el angelical hijo de Zafra, y además resultaría supérfluo
 puesto que pluma de mucha más autoridad y erudición que esta
 pobre que yo manejo, como es la del erudito literato y teólogo
 D. Eloy Pedrajas y Núñez Romero, se ocupa en hacer un detenido
 estudio de este autor y los demás místicos extremeños.

Por tanto, séame permitido terminar comprobando sucinta y
 concisamente aquella famosa complejidad de espíritu que he atri-
 buido á este escritor singular transcribiendo algunos de los mul-
 tiplicados pasajes que en *La conquista del Reino de Dios* y en
 el *Manual de la vida perfecta*, completan el cuadro de esta rara

psicología, al combinarse con los rasgos patentes en las páginas transcritas de los *Triunfos del Amor de Dios*.

Véase como increpa á los religiosos que no abandonan por completo al mundo:

«Discípulo.—Algunas personas he visto durante los pocos años
 »que llevo de religioso (porque en mi mocedad solo pensaba en
 »perderme), aficionadas á comer y beber con regalo, á un rato
 »de conversación entretenido cada día, á un dicho gracioso y
 »que cause risa, á oír noticias de viajes, de asuntos de familia ó
 »de amistades íntimas, y á otras cosas que aquí dejas condenadas,
 »al mismo tiempo que hacían gala de muy devotas y muy espiri-
 »tuales.

»Maestro.—Esa santidad y esa devoción es fingida y enga-
 »ñosa; es un afecto natural y sensual, que se parece mucho á la
 »verdadera devoción y amor divino, estando muy lejos de ser lo
 »uno ni lo otro. Y aunque algunas veces el Espiritu Santo conso-
 »lador, por su bondad, comunica á los tales la gracia de la debo-
 »ción sensible, lágrimas y afecto espirituales, como no saben usar
 »ordenadamente y según conviene esas dotes, ni quieren aniqui-
 »larse á sí mismos, ni á sus bestiales ó sensuales apetitos, cada
 »día son peores» (1).

Y más clara y determinadamente todavía asesta los golpes de su censura sobre la tibieza y disipación en otras ocasiones como esta: «Y aunque siento decirlo lo diré: que pocas veces he visto religiosos aprovechados con la oración mental de Comunidad.
 »¿Qué diré de los que por cumplimiento están media hora, y eso
 »dormidos y cabeceando? ¡Oh qué riguroso juicio les espera! y
 »mayor á los Prelados que ni miran en ello ni lo remedian, ni de
 »palabra, ni con su ejemplo.

»24. Pues cuando veo que saliendo del coro y de aquella hora
 »menguada de la oración, luego inmediatamente se ponen á reír
 »y hablar con desenfado, ni me queda paciencia ni concepto bue-
 »no de su aprovechamiento, y añadido á esto que en ninguna mane-
 »ra me persuadiré á que es persona espiritual la que es notada
 »de parlera; la de la sequedad del corazón injusto y desampara-
 »do del amor eterno de Dios, se hinche la boca y las comunida-
 »des de palabras, muchas y demasiadas, vanas, ociosas, y á ve-
 »ces nocivas y peligrosas (2).»

(1) Conquista del Reino de Dios—Dial.—VII—S—II

(2) Conquista del Reino de Dios—Dial.—2.º—T. II núm. 25 y 26.

Una de las cosas que más encendían su cólera, era aquella frialdad interna disfrazada de piadoso celo, que dió frutos tan amargos y perversos como la aberración de los *iluminados* en Extremadura y contra esas disipaciones truena repetidamente en uno y otro libro.

«Mucha razón tienes;» —exclama el Discípulo en el diálogo VIII de la *Conquista*— «que aun yo, con ser mozo y sin experiencia, he advertido y mirado el peligro de algunos, que todo su cuidado ponen en el aprovechamiento ajeno, sin tenerle del propio, y temo cierta su caída.

«Maestro.—Aun no tan malo si el aprovechamiento de sus prójimos les trajere distraídos; más yo sospecho, y quédese en sospecha, que buscan el suyo temporal, y el ajeno les sirve de cabeza de lobo. Al fin ellos comen y viven á costa de la virtud, con título y nombre de Santos, como hemos visto en muchos iluminados de nuestros tiempos, cuya memoria ofende muchos oídos piadosos.»

Momentos tiene nuestro místico en este terreno en que recuerda las acerbas y truculentas diatribas que hemos podido observar en los dramaturgos anteriormente estudiados.

«¿Pues que se podrá suponer—reclama luego—de algunos mozos que, corriendo sangre, se entremeten á tratar de conversión ó confusión de almas, los cuales en todo el día saben entrar en su casa, sino de una en otra en las ajenas sin tener media hora de trato con Dios á favor de la oración?

«Discípulo.—Y de las beatas espirituales, que si no cogen el manto cuando vienen de fuera, es por no tardar en descogerle cuando vuelven á salir ¿qué te parece?

«Maestro.—Muy mal, porque no cumplen su obligación, que pide mayor recogimiento y guarda de los sentidos en las demás mujeres del siglo; pero aunque pudiera decirte muchas cosas más sobre este asunto, no quiero interrumpir por ahora nuestro ejercicio. (1)

Y en efecto; en el libro que escribió despues cumple colmadamente esta promesa y hace el análisis más concienzudo, sagaz y completo de todos los peligros que frae consigo este falso celo de apariencias tan atrayentes que suele engañar á los mismos que la tienen. No es posible llegar á más en este punto. Sobre todo

(1) *Conquista*.—Dial. VIII T. III y IV.

en aquel acecho de todos los pasos y avances que da la sensualidad escondiéndose en los más ocultos repliegues de la conciencia, hasta hacerse dueña del espíritu, precipitándolo desde las más presentuosas cimas de perfección, á los más hondos y cenagosos abismos de las torpes despravaciones; en esto no creo que haya tenido rival nuestro escritor. No es posible que nadie le aventaje en honda perpiscacia para anisbar las suaves y resbaladizas pendientes que derivan de la más elevada *espiritualidad* y por donde insensiblemente se deslizan las almas, muellemente adormecidas por el beleño de los deleites, espirituales al principio, pero al fin torpes y abominables. Y la plasticidad y fuerza del pincel para describir paso á paso este proceso, con minuciosa, atinadísima y prolija exactitud, es tal, que á veces, para quitar crudeza á las expresiones, por si ojos inexpertos las leen, recurre al latín, y en frase gráfica esculpe todos los detalles de estas espirituales aberraciones, con sinceridad tan ingénuo y precisión tan exacta que no hay realismo que le supere.

Hace este maravilloso estudio y análisis en el segundo de los cuatro «estados ó escalones de la perfección» á saber: «Puramente corpórea, mezcla de cuerpo y espíritu, puramente espiritual y sobrenatural».

Y en el estudio del «estado mezclado de espiritual y corporal» comienza á acechar á la sensualidad en las emociones de la música, y entra luego en el examen de los peligros encerrados artatamente en el trato y comunicación espiritual entre personas de distinto sexo que es en lo que se extiende con la prodigiosa perspicacia que he ponderado haciendo, como colorario un estudio tan acabado del amor carnal y espiritual y de los indicios para distinguir uno de el otro, que lo transcribiría íntegro á estas páginas si así lo consintiera su extensión.

He aquí los puntos más salientes de este análisis, aunque, á decir verdad, nada tiene desperdicio en él: «Ayúdeme Dios—dice—que *con harta temor de ofender á muchos entro en materia*» Y en efecto, la exposición que va á hacer contiene tales a'usiones, á veces hasta expresamente, á los contemporáneos que tiene más de crítica dura que de abstracta é impersonal análisis.

Comienza ponderando los peligros de la afición carnal, dañosa á todos y «mucho más cuando conversan y tratan con persona que parece espiritual»—«porque el infernal sagitario no arroja

»en los principios saetas con hierba, sino tales que lastimen po-
 »co y aumentan el amor. Empero con brevedad suben á tal es-
 »tado, que ya no como Angeles (como comenzaron) se hablan y
 »ven, sino como hombres vestidos de carne, los ojos fijos y sin
 »pestañear el uno en el otro»—«Cuantas ilusiones reciben del in-
 »fernal sagitario, especialmente las mujeres, que más fácilmente
 »dan crédito estos engaños mentales! Si quisiéramos declararlas
 »sería cosa horrenda y casi imposible. Sienten en la dicha oración
 »y representación mental un cierto calor encendido y arrojado de
 »Satanás, el cual dicen y creen ser fuego de claridad enviado del
 »Espíritu Santo, que quiere unir el espíritu del uno con el espíritu
 »del otro con ataduras de caridad, como sea fuego de torpe sen-
 »sualidad y de amor sucio, *como lo han mostrado y muestran*
 »*cada día innumerables ejemplos.* Al fin como se juzgan por
 »unidos espiritualmente con más seguridad les parece que pueden
 »tratar y conversar más prolijamente y más á menudo afirmando
 »que esto no es perder tiempo, sino ganarle. Por tanto, buscan y
 »hallan modos maravillosos y desusados, cautela y traza para poder
 »hablar frecuentemente, alegando causas entre sí de utilidad y de
 »necesidad pintadas, como de verdad no haya otra cosa que car-
 »ga de culpas á quien la razón se sujeta y se enloquece. Al fin,
 »ciegos de la concupiscencia carnal el tiempo que de antes so-
 »lían ocupar en la oración y en cosas espirituales, ya lo pierden
 »en pláticas y familiaridades..... sin poderse ni saberse despedir,
 »si no es que la noche los despida ó alguna causa inevitable los
 »aparte, y entonces se apartan de mala gana, la cual tristeza es
 »ciertísimo indicio de que el amor que los enlaza es carnal y sen-
 »sual. Finalmente, dejándose algunas veces llevar de la pasión
 »amorosa, so especie de caridad se dan las manos ... ofendien-
 »do con esto la caridad dándole este título á lo que es sensua-
 »lidad y carne .. Y lo que sobre todo me parece horrendo á
 »Dios, y á los Angeles, y á los hombres, y á los demonios,
 »es que se han visto algunas personas espirituales de nom-
 »bre y llenas de espíritu de lujuria que para excusa sus de-
 »á decir: *Se habuisse in illis torpezas se atrevieron actibus*
 »*impudicis, magna sentimenta de Deo. Quod nihil aliud*
 »*judico, nisi quoddam incitamentum inductivum ad similia*
 »*securius iteranda et peiora perpetranda.....* ¿Qué tiene
 »que ver el Espíritu Santo con torpes ósculos? Ó ¿qué honra le
 »viene á Dios de ahí?..... ¡Ay de los heridos de esta saeta que

»apenas se les puede dar remedio!..... lo peor es que habiendo
 »ellos de buscar médicos espirituales, santos y peritos... no solo
 »no lo hacen, antes... buscan confesores idiotas y simples, que
 »no conozcan el daño ni sepan dar remedio (1).»

Como se vé, las alusiones son directas y expresas á sus contem-
 poráneos, y tan duras que, dado el objeto de ellas y aun la clase de
 personas aludidas, claramente se nota, salvada la distancia del di-
 verso carácter y objeto de las obras, que éstas diatribas nacen de
 la misma cantera que dió las de Diego Sánchez, Miranda, Torres
 Naharro y demás flageladores de la corrupción clerical.

Y no se crea que todos estos dardos van dirigido solamente á
 la tristemente famosa secta de los *iluminados*: estos le preocu-
 pan mucho, es verdad; pero cuando quiere los alude directamente
 como en el pasaje antes citado á este objeto y este otro más sig-
 nificativo todavía; «¡Oh qué de cosas he visto en el tiempo que
 »vivo en el mundo! Traigan los confesores y Padres espirituales
 »á su memoria, lo que pasó de los alumbrados de Extremadura
 »y miren sus principios, medios y fines; y verán si hay que temer
 »y recatarse, y de dar al confesonario lo muy necesario y nada
 »más; y si es bueno ó no visitar á las hijas de confesión, en ellas
 »y en si mismos lo podrán ver. Poco ha, no cumplido un año, que
 »comunicando conmigo un hombre esperitual si su parecer y de
 »muchos, le dije que iba perdido porque le sentí inclinado á tra-
 »tatar espiritualmente con mujeres, y seguida la voz de una len-
 »gua que le hablaba interiormente, la cual le hacía entender que se
 »podía llegar si tanta perfección que ningún peligro se pudiera
 »temer de las conversaciones de las mujeres devotas, y más que
 »esto! ¡y más qué esto! y tanto que hoy esta penitenciado por el
 »Santo Oficio ¡maldita sea su lengua y su trato!»

Pero donde llega el eximio franciscano á límites extraordina-
 rios en sutileza de observación, en tino y seguridad de frase, y en
 espontánea viveza de colorido, es en la enumeración de los indi-
 cios del amor sensual. Pone el primero «aquellas prolijas visitas
 y conversaciones para las que no bastan las horas ni los días, ni
 todo el tiempo». El segundo lo pone «en la insolencia de los ges-
 »tos y movimientos, que cuando igualmente se aman, amorosa y
 »alternativamente se miran á los rostros: *lastus lateri, femur*
 »*fermo: i manus ad manus tene nt comprimant. Deinde brachia*

(1) Manual de vida perfecta—Dia—1.º—Núm. 8.

» *et lacertos, lamera et ubera sub vestibus, et ulteriora tangendo blandimur Aliquando amplexus et furtiva oscula junguntur...* El tercero lo pone en las inquietudes é impaciencias por saber el uno del otro y tener noticia de todos sus pensamientos. El cuarto en los celos. El quinto en la exquisita sensibilidad é irascibilidad por las ofensas ó las indiferencias y olvidos y finalmente el sexto en los presentes, cartas y billetes bocados, partidos y sacados de las bocas, en caballos etc. etc. » y en cada uno de ellos hace una descripción tal que el más acabado maestro en mundanos amores no la superaría.

Y por si quedara duda de que en todo alude á hechos y cosas de su tiempo, termina la materia con este significativo párrafo: « *Algunos se sentirán y me reprenderán, pero no por eso tengo de esconder la verdad y más tratando de cosas de tanta importancia para el desengaño de tantos engañados. Y si les pareciere que he andado largo en este discurso, les prometo que me hallo yo descontento de haber sido tan corto, porque me he detenido cuanto he podido por justos respetos que sólo Dios quiero que sepa, aunque en muchas cosas pudiera haberme declarado más »*

Todo en este escritor es igualmente admirable, pero sin ser todos, son los aquí señalados, si no los puntos más notables, al menos los suficientes á mi entender, para conocer el relieve de su temperamento y genialidad literaria tan por entero parecida á los demás escritores de Extremadura.

J. LÓPEZ PRUDENCIO.

LOS REYES DE ESPAÑA EN ZAFRA

16 DE FEBRERO DE 1796.

En los primeros días de Enero de 1796, llegaron á Badajoz los reyes de España, en unión de varios príncipes é infantes de la casa de Borbón, acompañados de Godoy como ministro de Estado.

Pocos días después súpose en Zafra que SS. MM. pasarían muy en breve para Sevilla, con objeto de visitar el cuerpo de San Fernando en acción de gracias por haber sanado el Príncipe de Asturias de una enfermedad que había sufrido, y que su paso había de ser por la dehesa del Rincón, término de Zafra, ó sea por el camino real que el año anterior se había construido entre Sevilla y Badajoz.

Entonces los alcaldes de la romana *Contributa Julia*, D. Miguel de San Martín y D. Pedro Espinosa de los Monteros, deseando que la muy noble é importante villa de Zafra, hospitalaria, como urbe meridional y espléndida, como lindando á Andalucía, diese una prueba más de fidelidad, amor y gratitud á los soberanos de España, convocaron con urgencia al Ayuntamiento y á las personas más importantes de esta culta población para que asistiesen á una reunión magna en las casas consistoriales con objeto de acordar los festejos que habían de celebrarse con motivo de pasar por el término de esta villa los monarcas españoles.

El día 5 de Febrero tuvo lugar dicha reunión y á ella concurrió en pleno la corporación municipal y las personas más influyentes de Zafra, quienes, después de acoger con bene-

volencia y aplaudir con entusiasmo la feliz idea de los señores Espinosa y San Martín, tomaron los siguientes importantísimos acuerdos:

1.º Nombrar á los regidores D. Luis María de Ayala y D. Antonio Marín del Valle, para que, en nombre del Ayuntamiento, invitasen á las autoridades, corporaciones y personas más notables del pueblo, á concurrir á la dehesa del Rincón el día que pasasen los reyes para Sevilla.

2.º Remitir atentas comunicaciones al cabildo de la Colegiata y á las comunidades religiosas para que felicitasen las colgaduras de terciopelo carmesí y algunos objetos artísticos, á fin de adornar las tribunas y arcos triunfales que habían de construirse para obsequiar á SS. MM.

3.º Rogar al sergento mayor de milicianos y al comandante en jefe del escuadrón de Montesa, residentes en Zafra, concurren también con todas las tropas á sus órdenes á recibir á los monarcas españoles.

4.º Ordenar á los hermanos D. Cayo y D. Simeón López, la construcción de varios arcos y tribunas á los lados del camino por donde había de pasar la comitiva real.

5.º Publicar, por medio de pregón, tan grata nueva, rogando al pueblo concurrese al indicado sitio para honrar á los reyes con sus aclamaciones y vítores.

6.º Mandar que asistiesen también la notable banda del regimiento de Milicianos y la orquesta de la Colegiata, á fin de contribuir á la mayor brillantez de tan grandiosa manifestación.

En cumplimiento de uno de estos acuerdos importantes, la comisión del muy ilustre Ayuntamiento remitió al Ilmo. Cabildo de la Colegiata la siguiente comunicación:

«Abiendo de pasar Sus Magestades por el término de esta Villa, de su viaje de Badajoz á Sevilla, ha determinado el Ayuntamiento dar una muestra de lealtad, amor y gratitud, en nombre de esta Villa, y que para ello se levanten cuatro arcos de triunfo con una pirámide y otros adornos en la Dehesa del Rincón, junto al Camino real de su tránsito, en la forma y modo que informará la copia del acuerdo Capitular que acompaña y necesitándose de la Colgadura de la Iglesia para dicho efecto, como Comisarios del Ayuntamiento, suplicamos á V. S. se sirva facilitarla, en la inteligencia de que no ha de estar al descubierto, ni se ha de hacer de ella uso, que le degrade ó lastime, esperando del celo de

V. S., que contribuirá con este corto obsequio á nuestro Soberano, y que nos proporcionarán ocasiones de exercitar nuestra gratitud, contestándonos por escrito, y con toda brevedad, para pasar la resolución á noticia del Ayuntamiento y unirla al libro Capitular para los efectos que aya lugar Dios guarde á V. S. muchos años. Zafra á 6 de Febrero de 1796.—Luis María de Ayala, Antonio Marín del Valle.»

Inmediatamente que el Sr. Abad, Dr. D. José Martínez de Torres, recibió el documento anterior, citó á los Señores Canónigos y Racioneros á una reunión, que tuvo lugar en la sala capitular de la Colegiata y después de leerles el oficio precedente, se acordó por unanimidad remitir á la Corporación Municipal la siguiente literal comunicación:

«Señores D. Luis Marín de Ayala y D. Antonio María del Valle.»

«Abiendo hecho presente á mi Cavildo el oficio de V. S. del día de ayer, con la Copia del acuerdo celebrado en el mismo por el Ilustre Ayuntamiento de esta Villa para manifestar á los reyes y principes, nuestros Señores, con la demás Real familia, su amor, lealtad y gratitud, al paso por el término de esta Villa, desde la Ciudad de Badajoz á la de Sevilla, para cumplir el voto que hicieron de visitar el cuerpo del Señor San Fernando, su Abuelo, si lograba dicho Serenísimo Príncipe salir con victoria de la grave enfermedad que padeció ya hace algún tiempo, saliendo á obsequiarlos á la Dehesa del Rincón y levantando en medio del camino, por donde han de pasar SS. MM., cuatro arcos triunfales con una Pirámide y otros adornos. Enterado de ello dicho Rmo. Cavildo y del honor que la Villa le hace, de prepararles tablado para su colocación en forma Capitular y de su súplica, para que le franquee la Colgadura de Damasco de su Iglesia Colegial á efecto de que se puedan adornar dichos arcos, como conviene á las Reales Personas en cuyo honor se han de erigir, celebrando infinito esta ocasión para poder igualmente manifestar á SS. MM. su amor y su lealtad, acepta la oferta del tablado, que le hace el Ayuntamiento, dándole gracias por su atención y en igual correspondencia, deseando, por su parte, contribuir á todo lo que pueda ser de su mayor agrado, condesciende gustoso en franquear la Colgadura de Damasco, como la prestó para el adorno de la catedral de la Ciudad de Badajoz, cuando el año de 1729 vino á ella el Sr. D. Felipe V, con motivo

de los casamientos del Señor D. Fernando VI y su hermana doña Mariana, Reina de Portugal, encargando á VV. SS., que respecto al temporal lluvioso, no se ponga al descubierto y celen, que los que la manejen, cuiden no ponerla en sitio donde pueda lastimarse ó mancharse. Lo que hemos acordado en el celebrado en este día, como el que cuente la Villa con lo que tenga el Cavildo, que pueda servir para obsequio de SS. MM. y suyo. Y en vista de su encargo lo participo á VV. SS. para que lo puedan hacer á su Ilustre Ayuntamiento; Nuestro Señor guarde á VV. SS. muchos años. Zafra y Febrero 7 de 1796.—José, Abad de Zafra. >

El día 15 de febrero salieron de Badajoz los Reyes, no habiéndolo hecho antes á causa del mal tiempo, siendo comunicado á los pueblos del tránsito por medio de un correo de gabinete, que su primera jornada seria á Santa Marta; la segunda, el día 16, á Monesterio; la tercera el día 17, al Ronquido y la cuarta el día 18, á Sevilla.

En vista de esto, y con objeto de que SS. MM. tuviesen conocimiento oficial de las fiestas que Zafra preparaba en honor de la familia Real, acordaron las autoridades enviar una comunicación al príncipe de la Paz, que acompañaba al Monarca, como ministro de Estado, á fin de que pusiese en conocimiento de los soberanos de España los festejos que había dispuesto celebrar esta población en honor de SS. MM.

La comunicación que el Rdm. Señor Abad envió á D. Manuel Godoy y Alvarez, en nombre de la Colegiata, es literalmente como sigue:

«Excmo. Señor:»

«Aviendo determinado el Cavildo de esta mi Iglesia Colegial salir conmigo, como su Prelado, asta la Dehesa del Rincón, término de esta Villa de Zafra, acompañando al Secular, al pié de los arcos triunfales, que se están haciendo en ella para obsequiar á SS. MM. al tránsito por ella á la de Sevilla, manifestarles nuestro amor y lealtad, felicitarles en su viaje y ofrecerles nuestras personas y quanto tengamos, que pueda contrivuir al servicio de SS. MM. y Altezas, he creído de mi deber ponerlo en conocimiento de V. E., para que si es de su aprobación, lo pueda hacer presente á SS. MM. y Altezas, como nuestro júbilo, en que se aia presentado esta ocasión de rendirles nuestros homenajes. Y ofreciéndome á V. E. para quanto guste mandarme, pido á

Dios guarde su vida muchos años.—Zafra y febrero 14 de 1769
—Excmo. Señor.—B. L. M. de V. E. su servidor capellán.—
Dr. D. José Martínez de Torres, Abad de Zafra.—Excmo. Señor
Príncipe de la Paz.»

En conformidad de lo acordado, el Ayuntamiento construyó en medio de la dehesa del Rincón dos arcos triunfales grandiosos, que ocupaban toda la anchura del camino real y que estaban unidos entre sí por otros cuatro más pequeños, adornados con las colgaduras de la Colegiata y del convento de Sta. Clara. Los retratos de los reyes, varias artísticas arañas de cristal, muchos magníficos espejos y cornucopias de irreprochable mérito, completaban el adorno de los arcos, que resultaron grandiosos.

Sobre el arco, que daba frente á Santa Marta, por cuyo camino debían llegar los reyes, se colocó el escudo de España, adornado con el toisón y una monumental corona y debajo se pusieron las armas de Zafra con una inscripción, que decía: «*Zafra os consagra su amor y su lealtad.*» Varios tarjetones con versos alusivos, muchos gallardetes con cintas de colores, y un sinnúmero de banderas nacionales completaban el decorado de los arcos, que resultaron muy hermosos.

A los lados del camino se construyeron también magníficas tribunas para las autoridades, corporaciones, bandas de música y personas influyentes de esta población y los pueblos comarcanos.

Todo estaba preparado para recibir honrosamente á los reyes de España el 16 de febrero de 1796. Apenas comenzó á aparecer el sol de tan memorable día, las bandas de música con sus alegres dianas y las seculares campanas con un repique general, pusieron en movimiento á todos los habitantes de Zafra. A seguida varias comisiones y las personas más principales del pueblo, montaron en magníficos caballos, ricamente enjerezados, y salieron al encuentro de SS. MM. y Altezas. Casi al mismo tiempo la plana mayor de milicianos nacionales, presididos por su coronel, D. Manuel Rojo y el escuadrón de caballería de Montesa con su teniente coronel á la cabeza, D. Joaquín de la Puente, todos vestidos de gran gala, se encaminaron á saludar á las Reales Personas. Lo propio hizo el Ayuntamiento, que en aquel año estaba constituido por los señores siguientes: Alcaldes, D. Pedro Espinosa de los Monteros y D. Miguel de San Martín.—Regidores: D. José Torres.—D. Luis María de Ayala.—D. Antonio Marín del Valle.—D. Francisco Torresano.—D. Pedro Chacón.

Guerrero.=D. Manuel Moreno.=D. Manuel Gutiérrez.=D. José Benito López y D. Pedro García Pardo.

También se encaminó, muy de mañana, á la dehesa del Rincón, el cabildo de la Colegiata, que en aquella época lo formaban los siguientes individuos: D. José Martínez de Torres, abad.=don Francisco de Arnates, arcediano.=D. Blas Jerónimo de Torrecilla, tesorero.=D. Mateo Martínez del Río, chantre.=D. Domingo de Alonsos Bernal, doctoral.=D. Juan Hilario Martínez, magistral.=Canónigos: D. Juan José Ortega, D. José Gómez Cano, D. Juan Moreno Galeas, D. Francisco Alvarez Guerra, don José Venero Vustamente, D. Diego Jesus Lovato, D. Joaquín de la Barrera, D. Francisco Martínez de Tejada y D. Juan Gutiérrez.=Racioneros: D. Juan Roncal Nájera, D. Andrés Fernández, D. Atonio Alvarez Guerra, D. Miguel Tomás de Vidanrreta, D. Manuel Barroso, D. Leopoldo de Leria, D. Manuel Ramirez, y D. José Alvarez Guerra.

A las nueve de la mañana del día 16, que resultó sereno, hermoso, primaveral, después de dos meses de continuas lluvias, más de ocho mil personas de Zafra y los pueblos comarcanos, se encontraban reunidas en la dehesa del Rincón. El Ayuntamiento en pleno ocupaba la tribuna de mano izquierda y el Rdm. señor Abad, vestido de roquete, muceta, bonete y pectoral y acompañado de todos los canónigos, se colocaron en la tribuna de mano derecha.

A las diez en punto un correo de gabinete pisó el término de Zafra, anunciando que se acercaban los Reyes y al momento doce grandes salvas, que semejaron doce cañonazos, indicaron que SS. MM. y Altezas estaban á la vista.

Casi al mismo tiempo aparecieron un sin número de señores de Zafra y de los pueblos inmediatos que, montados en magníficos caballos, habían salido muy de mañana á esperar á los monarcas españoles en las inmediaciones de Santa Marta. A continuación venía la escolta real con sus vistosos uniformes y después varios coches ocupados por la servidumbre de la casa real, por las camareras de la reina, gentiles hombres de cámara y mayordomos de SS. MM. y Altezas.

A seguida aparecieron los Monarcas españoles, el príncipe de Asturias, los infantes D. Antonio Pascual y su esposa, D.^a María Amalia y los príncipes de Parma, don Luis y doña María Luisa.

Apenas llegaron los Reyes á los arcos, las bandas de música entonaron la marcha real, se dispararon otras doce salvas y toda la multitud prorrumpió en aclamaciones y vivas á las reales personas. Entonces las autoridades bajaron de las tribunas y se acercaron á los coches para saludar á SS. MM., con quienes conversaron largo rato, entregando el Alcalde un mensaje y otro el Rdmo. Sr. Abad, al Excmo. Sr. Ministro de Estado, á fin de que los pusiera en las reales manos del monarca español.

El memorial que el Ilmo. Cavildo de la Colegiata entregó al Príncipe de la Paz, es el del tenor siguiente:

«Señor:»

«El Abad y Cavildo de la Iglesia Colegial de Zafra, llenos del maior júbilo por la proporción que le facilita el tránsito de V. M. por su término y Dehesa del Rincón de manifestarle su amor y su lealtad, lo hace con este corto obsequio, deseando á V. M. feliz viaje y ofreciendo sus personas y quanto tienen, que pueda contribuir al maior servicio y obsequio de V. M., la Reina, nuestra Señora y Altezas reales.—Zafra y febrero 16 de 1796.—Señor: á los pies de V. M. sus fieles Vasallos.—José Martínez de Torres, Abad de Zafra.—Por acuerdo del Rdmo. señor Abad y Cavildo.—Dr. Domingo de Alonso y Bernal, pro-secretario.»

Los monarcas españoles quedaron encantados y muy agradecidos al pueblo de Zafra y dijeron al Alcalde que, desde su salida del Escorial, no se le había hecho tan grandioso recibimiento en ninguno de los pueblos del tránsito, y después de dar las gracias á las autoridades, corporaciones y pueblo, por sus innumerables atenciones y especiales demostraciones de amor y de lealtad, continuaron su camino á Monesterio, que era el término de la segunda jornada. A su salida, las bandas de música entonaron nuevamente la marcha real, se dispararon otras doce salvas y el pueblo entero prorrumpió en atronadores aclamaciones y vítores á los soberanos de España.

Tan altamente agradecidos quedaron los Reyes de las muestras de respeto y filial cariño, que las autoridades y el pueblo de Zafra les había atribuído, que apenas llegaron á Sevilla ordenaron al Sr. Ministro de Estado diese las gracias en su real nombre al Ayuntamiento y Cavildo de Zafra por las cariñosas demostraciones de afecto y simpatía, que se les habían tributado á su paso por esta población. Inmediatamente cumplió el de la

Paz el encargo del Monarca escribiendo cartas gratulatorias al Alca'de y al Abad por el amor y lealtad que el Ayuntamiento, Cavildo y Zafra entera habian demostrado á los reyes de España.

La comunicaci3n literal dirigida al Rdmo. Sr. Abad es como sigue:

«Abiendo hecho presente al Rey las demostraciones de cari3o que ese Cavildo segun V. S. me expresa en su carta del 14 del corriente, se propone hacer para creditarle el amor y lealtad, que le profesa, con motivo del tr3nsito de S. M. por el t3rmino de esa Villa, me manda S. M. que, en su Real nombre manifieste á V. S. lo muy apreciable que le son los testimonios de fidelidad y aprecio que acaba de recibir á su paso por esa importante Villa, teniendo, por mi parte una particular complacencia en dar á V. S. del ello aviso por lo que debe resultar en su satisfacci3n. Dios guarde á V. E. muchos a3os. Sevilla 26 de febrero de 1796.—El Principe de la Paz =Sr. Abad de la Iglesia Colegial de Zafra.»

Estas fueron las hermosas fiestas que la villa de Zafra celebr3 en honor de los soberanos de España, que, como cosa curiosa y, tal vez, de alguna utilidad para lo futuro, me ha parecido conveniente consignar aqu3, complaciendo de este modo á un buen amigo que, hace tiempo y muy reiteradamente, me viene suplicando escriba algo de Zafra para la excelente revista ARCHIVO EXTREMEÑO, que con tanto aplauso se viene publicando en Badajoz, para honra y prez de las letras extreme3as.

MANUEL VIVAS.

Presb3tero.

Zafra 20 mayo 1910.

¡CANTA, POETA!

Poeta y caballero,
hoy abandono mis queridos lares
para venir, ni humilde ni altanero,
á esta lira de honor, con mis cantares.

Soy de esos trovadores
de alma sencilla y corazón ardiente,
un pobre enamorado de las flores
que despliega las alas de su mente
en el jardín de todos los amores.

Nuevo Alonso Quijano,
he venido al palenque castellano
porque mi nombre enaltecido sea
y poder colocar—un fausto día—
la corona inmortal de la poesía
en la sien de mi hermosa Dulcinea.

A ella y á Dios me acojo en este empeño,
presto está ya mi bandolín sonoro:
¡Dios de mi grey, Amada con quien sueño!,
¡dad el triunfo risueño
al sacro ritmo de sus cuerdas de oro!

* * *

Ilusiones floridas
del pobre visionario,
que en el áureo sagrario
de su pecho amoroso estáis dormidas;
divinos ensoñares
de dichas y de amores,
que desterráis piadosos sus pesares
y aliviáis sus dolores:
surgid, surgid con todo vuestro encanto,
que os evoca el poeta y el amante
y quiere, presa de lirismo santo,
daros forma en su verso rutilante.

Vision de sus delirios, meritoria,
ven á llenar su corazón de alientos,
ven á inundar de luces su memoria
y haz que pulule por los cuatro vientos
el bravo ritmo de su afán de gloria.

Gafan trovador, brote al conjuro
de tu mágica lira

el ansia noble, el sentimiento puro
de tu pecho anheloso que suspira.

Evoca las auroras
doradas, de los valles adeniales,
las mañanas reidoras
y las tardes de sol primaverales.

Canta los anchos campos y los cielos
de tu patria querida,
donde vibra, prestándote consuelo,
la oración del trabajo y de la vida.

Bellos campos feraces
en que hay trinos de pájaros poetas
que la extensión azul surcan audaces
con sus alas inquietas;
cielos immaculados
que fueron palio de tu honrada cuna
en los días rosados
que pasaron sin pena ni fortuna;
campos benditos donde gayas flores
pueblan el aire de áticos aromas,
donde hay prados vestidos de verdores,
graníticos alcores,
bosques umbrosos y encendidas lomas;
cielos de luz clemente
que ya en la tempestad ó ya en la calma
en un idioma mudo y elocuente
hablaron á tu alma;
campos que son altares,
donde offician el rito generoso
de su esfuerzo fecundo y laborioso
los duros campesinos de tus lares.

Campos y cielos de tu patria pia;
cántalos trovador, con ardimiento,
que fuente son de luz y de armonía,
que son venero eterno de poesía
donde laten la fe y el sentimiento.

Y canta las ternuras
de tu fiel corazón, hijo y hermano;
afectos anegados en dulzuras
que mitigan las locas amarguras
con que te agobia tu luchar humano.

Y al son de tu cantar di que has sufrido,
evoca las miserias que has vivido,
recuerda que has llorado
y di sin odio que al caer vencido
en tu rostro han crujido
latigazos brutales, que han sangrado.

Pero no, de tristezas

no hables en tu canción; ¡canta la vida!
Si el destino una herida
te infirió por probarte
y en el polvo te hundió cual masa inerte,
cicatrizada es ya; ¡vuelve á elevarte
con todo el brío de tu pecho fuerte!

* * *

Trovador, trovador, si tu supieras
traducir en estrofas las quimeras
que has soñado en las noches estivales,
en las serenas noches perfumadas
en que brillan los mundos siderales
y en las frondas calladas
hay el misterio de los cuentos de hadas
de los tiempos feudales,
si pudiera tu lira, con fortuna,
rimar las emociones misteriosas,
las dulcísimas cosas
que has soñado al reflejo de la luna;
¡cuan dulce y bella tu canción sería,
porque tendría ritmos celestiales
de unos jamás oídos madrigales
en una milenaria poesía:

Si á ti te fuera dado
evocar las grandezas que han surgido
en tu ardoroso numen exaltado
al mirar el castillo derruido,
obra de unas edades que han pasado;
si te fuera posible
reflejar la impresión indefinible
que te dió el engranaje
de la moderna fábrica,
que en el fragín retumba,
cruje, palpita y zumba
al recio empuje del vapor salvaje;
si pudieras rimar el sentimiento
que obscureció tu claro pensamiento
en la muda quietud del camposanto,
cuando bañado en llanto
ibas, amante, hasta la tumba triste
de la madre querida que perdiste,
que fue tan buena, ¡que te quiso tanto!;
trovador, si cantar supieras eso
igual que lo sentistes, inmortales
serían tus estrofas inspiradas,
porque tendrían luces de progreso,

hidalguías gloriosas y leales
y magestades hondas y sagradas.

* * *

¡uso trovador, ¡rompe la lira!
sueño fué de tu mente que delira
querer ornar con palmas y laureles
la frente immaculada
de la virgen amada
que consagraron tus amores fieles.

Tu no sabes «decir» tus impresiones,
tu no sabes verter tus emociones
en el verso sonoro
con que pulió Fray Luis odas serenas,
con que labró Zorrilla cantos de oro,
con que Balart nos transmitió sus penas,
con que bordó Cetina madrigales,
con que Galán nos dijo sus amores,
con que Argensola cinceló primores
y Quintana poemas inmortales.

La muda sensación de tu impotencia
paraliza tu arranque de bravura
y en el alma te deja la amargura
que deja una lección de la experiencia.

Mas no te desalientas, vive y canta,
que si tu acento rudo no levanta
clamores de entusiasmo en tus oyentes,
será que herir sus fibras no has sabido,
pues no cabe sentir más que has sentido,
ni cabe amar con ansias más fervientes

Vuelve de nuevo á tus queridos lares
á pulir tus cantares;
busca otra vez en valles y en alcores
dulce jugo de amores,
ambrosía de nuevos ensoñares.

Pide á Naturaleza
la más alta expresión de la belleza,
el sacro ritmo hermoso
que en sus encantos late,
para poder lanzarte á otro combate
pletórico de fuerzas y animoso.

Di á tu virgen morena,
á esa adorada tuya santa y buena:
«No te traigo coronas, musa mía,
pero vengo cual nunca enamorado,
y á falta del laurel que no he logrado,
te traigo un corazón todo poesía.»

JUAN LUIS CORDERO.

PÁGINAS DE UN LIBRO

EDAD MEDIA Y RENACIMIENTO

(TRADUCCIÓN)

(De la obra *El latín y el problema de la lengua internacional.*)

Desde que Roma fué señora del mundo civilizado, impuso el uso de su lengua, ó más bien de sus lenguas, á las más apartadas poblaciones por ella conquistadas.

Desde el principio de la ocupación romana, la sustitución de las lenguas bárbaras por el latín se hizo lentamente por el intermedio de los colonos y de los soldados. Pero en el siglo II, Roma despliega todos sus medios de acción para imponer su lengua á las provincias. La inferioridad manifiesta de los dialectos bárbaros daba al latín una importante ventaja que acentuaron más la presión oficial y los favores concedidos á los bárbaros (1) que sabían el latín. La fundación de numerosas escuelas acabó de implantar, en las más pequeñas aldeas, el culto y el amor á la lengua latina. Si damos crédito á Estrabón, los Turdetanos se habían familiarizado con la lengua de los Romanos hasta el punto de haber olvidado la suya propia; en la Galia, por ejemplo, millares de jóvenes educados en las brillantes escuelas de Autun, Lyon ó Besançon, simulaban haber olvidado la lengua materna, y difundían en su tierra, el gusto por la elegancia latina y el desprecio á los dialectos locales. Poco á poco se realizó la conquista sin resistencia apreciable, excepción hecha tal vez del púnico, sostenido por tradiciones seculares, y del griego, que desapareció de las ciudades de la Magna Grecia en la Edad Media, ante el árabe y el italiano.

En el siglo IV puede considerarse como terminada la romanización de las provincias; la Iglesia católica aumentó por la predi-

(1) Los romanos daban este nombre á los habitantes de los pueblos por ellos conquistados que no conocían la lengua latina.

cación é influencia sobre el pueblo el dominio del latín, haciéndose universal la lengua de Roma, que todo el Imperio comprende y entiende. Hecho único en la historia de las lenguas. Algo de artificial y de poco duradero había en la adopción de una lengua única por pueblos tan diferentes: era la presión sobre las provincias y la necesidad de estos pueblos de tener una lengua que los pusiera en relación á los unos con los otros. Desde que las invasiones de los bárbaros destruyeron el poder central y armaron á los pueblos, unos contra otros, el latín no tuvo razón de ser y pronto fué ahogado por el desenvolvimiento, hasta entonces retardado, de los dialectos locales (1).

La Iglesia católica salva al latín clásico de la tormenta de la edad media; hace de él su lengua oficial, la lengua de su clero, y por tanto de la única clase instruida en esta época de ignorancia. Predica en latín á los monjes y á las religiosas, pero, obligada á hacerse comprender, habla al pueblo en la lengua vulgar, que, desde el siglo VIII, puede considerarse como bosquejada en Francia; los concilios de Tours y de Reims, en el siglo IX, ordenan instruir al pueblo en su propia lengua; pero si desean conservar los sermones, escribenles en latín, lengua natural de los doctores y de las personas capaces de leer y de juzgar: de esta época proceden las compilaciones latinas de Raul Ardent, de Pedro de Blois, de Santo Tomás y de San Buenaventura.

La Iglesia tiene el privilegio de las representaciones; representa ó hace representar dramas litúrgicos en latín (2); pronto, cediendo al lento é irresistible empuje del habla popular, ábrele paso en el teatro; el drama de *El Esposo* ó de *Las Virgenes fátuas*, de la segunda mitad del siglo XII, están en latín mezclado con el francés; la lengua vulgar aparece también en dos dramas algo posteriores: *La Resurrección de Lázaro*, *El Juego sobre la imagen de San Nicolás*, dominando bien pronto como señora en el drama, y aunque el latín desaparece del diálogo desde el año 1100, consérvase sin embargo en él, recordando en todo momento el objeto primitivo de la acción, la edificación de los fieles por medio de versículos de las Sagradas Escrituras (3).

La Iglesia tiene el monopolio de la enseñanza (4); las Universidades son enteramente eclesiásticas, y por tanto de cultura latina; saber leer latín, entenderlo y sobre todo escribirlo es cosa rara en la clase media y descubre siempre un origen clerical. En todas las naciones, el latín es la lengua de la ciencia y de la enseñanza.

(1) Mohl (George) *Introducción á la cronología del latín vulgar*. París Bonillon. 1899, 8.º

(2) Edefestand Du Ménil. *Orígenes latinos del teatro moderno*. París Franck. 1849.

(3) Gautier (L). *Historia de la poesia litúrgica en la edad media*. París, Picard. 1886.

(4) Si en la edad media la cultura estaba refugiada en la Iglesia, quién había de enseñar? (N. del T.)

un profesor deja su país para ir á enseñar en otro; Duns Escoto pasa de Escocia á Francia, la lengua de su enseñanza es la misma, y encuentra un auditorio capacitado para oírle. Poco á poco se extiende el uso del latín, al mismo tiempo que desaparece su pureza. La Universidad de París instruyó en el siglo XIV una multitud inmensa de escolares, dícese que 30.000; esta masa de jóvenes, á la que en latín se le explica, es obligada á hablar latín, llega á ser latina, y extiende un lenguaje, por modo extraño latinizado, que con gracia parodió Rabelais, en las clases inferiores de la burguesía y del pueblo de donde, en su mayor parte, ha salido aquella.

Este latín se ha corrompido poco á poco; es un latín bajo, lleno de términos extranjeros, de barbarismos y de neologismos, pero ante todo vivo en la enseñanza de la escolástica, donde los lógicos y los sofistas lo han moldeado para acomodarlo á la expresión de todas las sutilezas de su dialéctica, de las *Secuencias* de la Iglesia, en las que el alma tierna y mística de la edad media pone de manifiesto sus sencillos afectos y su fé ardiente: el latín ha descendido á los usos de la vida diaria; en ella encuentra el habla popular y fraterniza con él, conservando sólo remotas semejanzas con el latín clásico.

A medida que se altera, van formándose poco á poco las lenguas demónicas, desprendiéndose de la infinidad de dialectos, como una piedra preciosa sale lentamente de la sustancia terrosa que la envuelve. El francés, en 1265, está formado de tal suerte que el italiano Brunetto Latini le prociama *la lengua más agradable y más común á todos los pueblos* y escribe su *Tesoro* en francés. El italiano ha nacido un siglo después, cuando Dante, presintiendo la caída próxima del latín, escribió en toscano su *Divina Comedia*; rinde tributo sin embargo al uso aun en vigor y escribe en latín los libros *De vulgari Eloquentia* y *De Monarchia*.

Las relaciones con Italia habían introducido, en el primer tercio del siglo X, la poesía latina en Alemania. La leyenda de Walter de Aquitania y los pasajes latinos de la de Renart son los más importantes vestigios del imperio del latín. La poesía cortesana en el siglo XII abrillanta la lengua popular que consagran definitivamente en el XVI Sebastián Brandt (muerto en 1520), Hans Sachs y Lutero.

En Inglaterra, al terminar la edad media, el latín pugna contra el normando y el francés, pero en el siglo XIV, año de 1362, Eduardo III prociama lengua oficial al inglés, idioma, al que Chaucer aseguró un valor literario real.

Petrarca, el promovedor del renacimiento italiano que es ante todo latino, desdeña la lengua vulgar á la que Dante hizo dar gigantescos pasos. Su *Cancionero* se titula *Rerum vulgarium fragmenta*, y lo califica de *nugae* ó *nugellae*, (bagatelas, ó pequeñas bagatelas). No puede comprender que hay gloria duradera

en escribir obras de consideración en italiano; y hasta lee pocas de las que en su tiempo aparecen.

«El día en que, hacía el fin de su vida y por casualidad, cayó en sus manos el *Decamerón* de Boccacio, escribe al autor una carta llena de indulgencia y hasta de elogios; pero se ve claramente que no duda haber encontrado una obra maestra... Cree hacer un gran servicio á la fama de su amigo, traduciendo al latín el último cuento del libro (1)».

El mismo Boccacio ha escrito en latín (2). En la escuela de esta antigüedad, cuyo cunto ha restaurado el Petrarca, se forma una generación de escritores. El latín florece con todo su valor literario en las obras de Poggio, de Valla, de Marcilio Ficino, en las crónicas de Platina y de Santiago de Volterra, en las obras de Florentino, en los *Comentarios* de Eneas Silvio, en las tragedias latinas la *Eccerinis* y la *Aquileis* de Alberto Mussato (3), y en todas las obras poéticas, cuyo modelo fué *Africa*. Una emulación sin igual embarga á los literatos: los humanistas aspiran á la gloria de competir y hasta superar á las grandes glorias del siglo de Augusto; es una gloria saber latín, y un honor el demostrarlo (4).

Cuando en el siglo XIV despierta Italia á la aurora del Renacimiento, Francia aun queda envuelta en las tinieblas de la edad media. Petrarca, embajador de Galeas Visconti, viene á Francia en 1361, habla en latín al Rey y al Delfin, «que se admiraron de oír hablar en bellos períodos de cierta diosa Fortuna, de la que nada habían sabido hasta entonces» (5). Juan de Monstreuil escribe en latín escolástico contra los Ingleses. Sin embargo, Italia deja sentir poco á poco su influencia; las guerras de Italia ponen bruscamente á los franceses sorprendidos ante las

(1) Nolinac (Pedro de) *Petrarca y el humanismo*. p. 413 Paris. Bouillon, 1892.

(2) Entre otras pueden señalarse sus obras *De Casibus virorum et feliciarum illustrium* y *De Casibus principum*, que ejercieron decisiva influencia en todas las literaturas europeas. (N. del T.)

(3) En Francia, la tragedia latina data del Renacimiento; el drama *Christus Xylonicus*, de Barthelemy, es de 1537. Budimann publica hacia 1540 *Baptistes sive Calumnia*, y *Jephthes sive votum*; Muret su *Julio César* en 1544, la tragedia en francés aparece con la *Cleopatra* de Jodelle; en 1552.

(4) Un hecho pondrá de manifiesto el amor desapoderado del italiano del Renacimiento á las letras y á la gloria: Olgiato, el asesino de Galeas-Madrucci, al morir, un gran corazón, dice Maquiavelo, como iba desnudo y precedido del verdugo que llevaba el cuchillo, pronunció estas palabras en lengua latina, porque era letrado: *Mors acerba, fama perpetua, stabilis vetus memoria factis*.

El asesino de Lincoln, presidente de los EE. UU., tambien exclamó en lengua latina, después de haber realizado su vil acción: *Sic semper tyrannis*. (N. del T.)

(5) Eanson, *Historia de la literatura francesa*. p. 152. (Paris, Hachette, 1885).

maravillas del Renacimiento italiano, y al comenzar el siglo XVI, la antigüedad clásica penetra y fecunda nuestra literatura. Los humanistas escriben todavía en latín, pero desembarazado del peso bárbaro de la escolástica, «almacén de donde habían salido *heicitates, quidditates, supposititates* y otra infinidad de vocablos monstruosos, que causaban terror, como dice Ramus; Budé compone en latín su *De Asse* (1522); Enrique Estienne imprime obras latinas; Ramus publica en 1543 contra Aristóteles dos obras latinas que fueron condenadas; Bembo publica en 1551 su *Historia Venetæ libri XII*, Turaebo escribe en latín sus *Adversaria*; Lambin publica traducciones latinas de Esquines, de Demóstenes y de Aristóteles; Cujas comenta en latín el *Corpus juris* (1).

A pesar del progreso de las lenguas nacionales, sobre todo en Italia y Francia, existe en Europa un auditorio que comprende, juzga y escribe en latín. Los folletos de Erasmo y de Ulrich de Hutten tienen por este motivo inmensa resonancia; el latín no sólo es un medio para ser comprendido, sino que es la lengua en la que es preciso escribir para ser de todos leído. Pero, en Francia sobre todo, comienza la lucha contra el latín y poco á poco se acentúa. El ordenamiento de Villers Catterets (Agosto de 1533) lo arroja de los actos oficiales; Bellay y Ronsard defienden el francés; Enrique Estienne sostiene la preferencia. Ramus enseña en francés en el colegio Rea. El francés tiene sin embargo «bastante material» como dice Montaigne, para disputar al latín el de las ciencias y el honor de expresar las ideas más nobles y elevadas: Jacobo Pelletier du Mans publicó en 1554 un tratado de álgebra en francés; Pontus de Tournarda en 1578, da á la publicidad su obra *Universo ó Discurso sobre las partes y naturaleza del mundo*, y en una carta al rey, se vanagloria de haber sido el primero que escribió de filosofía en francés.

Poco tiempo será preciso para llevar á buen término el trabajo de extensión del francés y abandono del latín; al siglo XVII toca la gloria de acabarlo.

X

(1) He aquí los nombres de algunos latinistas famosos del siglo XVI: los tres Camerarios, Justo Lipsio, Muret, Dorat (había compuesto 50.000 versos latinos), Camden (el Varrón inglés), Du Plessis-Mornay (*Vindiciae contra tyrannos*, 1579), De Thou (*Historia sui temporis*, poesías latinas), el jesuita español La Cerda (1), Grocio etc.

(1) Para conocer el movimiento latinista en España, consúltese la *Bibliografía hispánica latina*, del Sr. Menéndez y Pelayo. (N. del T).

Legajo

El retraso con que aparece ARCHIVO EXTREMEÑO, por razones que escapan á nuestra voluntad, nos permite recoger la idea que nuestro respetable y estimado compañero el director de *El Noticiero* de Cáceres, D. Manuel Castillo, ha dirigido á la prensa de Badajoz, de que testimonie al laurado bibliófilo y publicista meritisimo, Gómez Villafranca, la gratitud que le debe por lo que ha enaltecido la región extremeña con la obra premiada por la Academia de la Historia y por lo que ha enaltecido con esa y con otras producciones la triste profesión de periodista, donde están reconcentrados todos sus afectos y todos sus cariños.

El Noticiero de Cáceres, como la prensa de Badajoz y toda la de Extremadura, nos tiene á su disposición para todo lo que sea tributar el homenaje que por su laboriosidad y por su inteligencia entendemos nosotros como el Sr. Castillo que merece Gomez Villafranca, á quien por razones que no hemos de manifestar, en la redacción de ARCHIVO EXTREMEÑO antes del premio como después del premio de la Academia que preside el ilustre Menéndez y Pelayo, se le tuvo la simpatía de la admiración por lo incesante y vario de su trabajo en favor de la historia y de la cultura de la región.

Esta debilidad harto justificada que nosotros sentimos por tan modesto como valioso publicista, nos permitió recibir con más alegría que siendo propio, el merecido premio que le tributó la Academia de la Historia, la moción que nuestro distinguido colaborador el ilustrado edil D. Leopoldo Castro hubo de llevar al Concejo de nuestra capital para que de algun modo se expresara por éste la satisfacción que le producía el triunfo del Sr. Gomez Villafranca; la participación que el Ateneo, siempre culto y siempre llenan lo indicaciones perfectamente encuadradas en los fines para qué fue creado, tomó en el que había de ser testimonio de gratitud que Badajoz había de tributar al autor del libro *Extremadura en la Guerra de la Independencia*; la modificación que sufrió la idea primitiva del banquete, por la de crear el premio de Badajoz que había de ser entregado en sesión solemne al Sr. Villafranca y recibir hoy el trabajo del Sr. Castillo, como recibiremos mañana los acuerdos que por su excitación tome la prensa de nuestra capital.

La laboriosidad, la inteligencia y la sencillez del Sr. Gómez Villafranca, merecen mucho; sus trabajos históricos á favor de Extremadura, lo merecen todo.

* * *

Una publicación cacereña á la que profesamos un afecto que acaso tengamos datos para dudar que sea correspondido, se manifiesta altamente dolida por las frases deslizadas en elogio de ARCHIVO EXTREMEÑO por un nuestro colaborador y otras del mismo en que se hace alusión á la grandeza pasada del colega.

Prescindiendo de todo género de reticentes citas y copia de textos, de Jesús al autor al de *Hamlet*, en las que pudiera descubrirse algo que quizás no sea que se quiere aparentar; prescindiendo de eso, repetimos, la redacción de ARCHIVO EXTREMEÑO, porque cuadra así á su sencillez, á su nobleza, á su condición, declara que ni poco ni mucho ni nada tuvo parte en el elogio ni en la censura de su estimable colaborador, que advertida al leer el trabajo en que se contienen las palabras que han estado al colega, hizo propósito de suplicar al autor del mismo, al enviarle las pruebas, que las retirara, que un olvido involuntario fué causa de que la súplica no se hiciese y las frases aparecieran en las planas de esta modesta publicación.

Creemos que sean bastante las anteriores palabras, á dar satisfacción al apreciable colega cacereño; si no fuera así, dígalos, y por nuestra parte llegaremos en este sentido hasta donde sea su medida. Todo menos mante er enojos que nos molestan, por lo mismo que tenemos por seguro que na fie, ni aun el mismo provocador de ellos, lo hizo propósito de su voluntad. — BALDUQUE